

Frentes y fronteras: notas sobre la militarización de la contigüidad*

ALESSANDRO DAL LAGO**

Resumen

El artículo examina cómo la noción de frontera ha ido cambiando en las diferentes etapas de la historia geopolítica reciente. En el siglo pasado los límites al igual que los frentes y las fronteras formaban parte de una misma línea política, es decir, el límite tenía sentido en relación con la frontera y ésta se reafirmaba por medio de un frente militar. Actualmente, la relación entre límites, frentes y fronteras se ha hecho más compleja. Los límites políticos son los mismos, y siguen siendo objeto de diversas contiendas, pero el espacio de las fronteras y de los frentes ya no coincide con el de los límites políticos, salvo en las convenciones de la diplomacia internacional. Los límites representan sólo en apariencia las relaciones entre los estados, mientras que los frentes y las fronteras constituyen la realidad actual de un movimiento de fuerzas militares estratégicas que se desenvuelven en un panorama económico y social mundial. La actual desaparición de ciertas fronteras entre los estados—como ha sucedido recientemente en Europa—no siempre ha implicado un aumento de las libertades sino que ha ido a la par de nuevas violaciones a los derechos de las personas.

Palabras clave: derechos civiles, democratización, límites, frentes, fronteras

Abstract

This article examines the way in which the notion of border has been changing in different stages of recent geopolitical history. During the last century, limits as well as fronts and boundaries were part of the same political line, that is, a limit made sense in regards to a border and it became reaffirmed through a military front. Nowadays, the relation among limits, fronts and borders has become more complex. Political limits are the same and they still are object of various conflicts; however, the space of borders and fronts do not coincide to the ones of political limits anymore, they only exist in international diplomacy conventions. Limits represent, only in appearance, the relation among States while fronts and borders constitute the current reality of a strategic military force movement, which resides within worldwide economic and social scenery. The present disappearing of certain borders among States—as it has recently occurred in Europe—has not always implied an increase of freedom but it has represented new violation of human rights.

Key words: civil rights, democratization, limits, fronts, borders

Algunas fotografías de la Segunda Guerra Mundial muestran los contingentes alemanes de primera línea, en septiembre de 1939, preparándose para invadir Polonia. Los atacantes (divisiones motorizadas y de motociclistas) son retratados mientras derriban las barreras de los puestos de bloqueo aduanales. En otras

* Artículo recibido el 16/06/05 y aceptado el 27/10/05. Traducción de Hugo Armando Brito Rivera y Ángela Giglia.

** Profesor de Sociología de los Procesos Culturales en la Facoltà di Scienze della Formazione, Universidad de Génova. Corso di laurea in Scienze della Comunicazione, via Bovini, Génova, 16124. dallago@unige.it

fotografías, esta vez de junio de 1941, la infantería alemana de asalto espera el momento del ataque, refugiándose en una trinchera ferroviaria, próxima al límite entre la parte de Polonia anexada a Hitler y la que estaba controlada por los rusos.¹ En cada caso, el hecho de que la frontera sea claramente determinada por una garita y por una bandera, o sea la línea abstracta trazada en una llanura como fruto de una división política, tiene un valor simbólico indudable. Detrás de una línea política—que es al mismo tiempo límite, frontera y frente militar—las fuerzas atacantes se han aglomerado para desencadenar una ofensiva. Sin importar que la guerra hubiera sido declarada o no, su primer acto fue la violación de un límite político. La frontera es el primer frente de una guerra total.

Veinticinco años antes, en 1914, las imágenes de las tropas francesas y alemanas que se dirigen al frente remiten a una idea no demasiado distinta de la atracción que ejercía la frontera en los ejércitos contrapuestos. Jóvenes preparatorianos alemanes en marcha hacia el Reno, o ancianos *poilus* saludados por las familias en la estación están como magnetizados, los unos y los otros, por aquella zona virtual de impacto que constituye la inminente línea de fuego. Y esta línea es inevitablemente la frontera. En cierto sentido, en toda la historia europea que va de la Guerra de los Treinta Años a 1945, cada frontera contiene la posibilidad de un frente. En aquel gran *Risk*, jugado durante siglos en el viejo continente hasta el acontecimiento de la Guerra Fría, no hay Estado que no diseñe su política exterior en relación con la situación de sus fronteras (con la excepción de Inglaterra, por motivos evidentes): Rusia y su tentativa siempre frustrada de desplazar la frontera sur hacia el Mediterráneo; el Reich, antes prusiano y después alemán, y el eterno problema del doble frente; Austria y la frontera móvil y turbulenta con el imperio otomano; Italia y su dilema estratégico, de 1861 a mayo de 1915, en cuanto a fortificar la frontera del noroeste, en función anti francesa, o aquella del noreste contra Austria. Y así por el estilo. Las fronteras, fruto de guerras seculares, accidentes históricos, alianzas, victorias, derrotas y revoluciones, constituyen los ejes de las estrategias políticas y militares. Fronteras por reforzar, modificar, extender, integrar, corregir, en un proceso de crisis sin fin.

La guerra, al hacer de cada frontera el frente inicial, trastorna los arreglos precedentes tal y como eran fija-

dos por los mapas políticos, mismos que después de cada conflicto serán modificados. Las fronteras retroceden en caso de derrota o son fijadas en profundidad en el territorio del enemigo vencido. Cada tratado de paz busca determinar un equilibrio, pero en realidad es la premisa de un nuevo roce internacional que desembocará inevitablemente en un nuevo conflicto armado. El límite político entre los estados se define siempre en nombre de una frontera potencial, y ésta constituye el frente inicial de cada conflicto futuro. Es decir: la frontera es el ambiente militar virtual que gravita sobre el límite político. En tiempo de paz, mientras en apariencia las armas callan—y en realidad vencedores y vencidos se rearmen para la guerra que de manera inexorable vendrá—, los límites políticos son silenciosamente movilizados hacia un destino más oportuno. La verdadera frontera—al menos desde un punto de vista estratégico—no es aquella fijada por un límite político concreto, resultado de la evolución histórica, sino aquella potencial hacia la cual son atraídos dos estados limítrofes en virtud de sus relaciones de fuerza.

El caso de Rusia en la Segunda Guerra Mundial es, quizá, el más emblemático. Su frontera occidental era sólo nominalmente aquella fijada por el pacto Molotov-Ribbentrop, que las armadas de Hitler arrollaron en junio de 1941. En realidad corría mucho más al Este, en la proximidad de los centros políticos de la Unión Soviética, de los complejos industriales como Stalingrado, de las fértiles tierras de Ucrania y de los pozos petroleros de las regiones caucásicas. Es hacia aquella frontera real que las tropas acorazadas de Hitler se precipitaron en una carrera en el espacio y contra el tiempo que, de modo análogo a las emprendidas por Carlos IX de Suecia y Napoleón, debía resultar vana. Si los miramos en el cuadro de una potencia que se impulsaba hacia el Pacífico, los territorios polacos, austriacos y bielorrusos conquistados de golpe en el otoño de 1941 no representaban más que una parte secundaria, si no es que desdeñable, del imperio soviético. Al no tomar en cuenta que la verdadera frontera rusa no era aquella frontera política trazada en las llanuras polacas, sino la militar, social e industrial del *heartland* ilimitado que se extendía más allá de los Urales, Hitler estaba condenado con la derrota final desde el inicio (McKinder, 1962 [1943]).²

La idea de límite tiene sentido sólo en relación con la frontera que *gravita* a su alrededor y ésta encuentra

¹ Para las consideraciones que siguen y las referencias iconográficas, véase J. Keegan (1989 y 1998).

² Este artículo, escrito a fines de 1942, con tino identificaba el centro de gravedad de la Unión Soviética en la zona al este de los Urales y preveía la derrota nazi. Como es natural, la idea de *heartland* ha sido redimensionada por la invención de la bomba atómica y por la evolución de la Guerra Fría.

su significado en ser un frente potencial. Es el frente el que determina la frontera, y es ésta la que es fijada en las convenciones político-geográfico-cartográficas que definen un límite entre los estados. Esto sigue siendo cierto también cuando, en el curso del siglo XIX, es el espacio marítimo, y no más –o exclusivamente– el espacio terrestre el que define el sentido global, político y estratégico de los límites. La pequeña isla inglesa, habitada por pocas decenas de millones de habitantes y defendida por un ejército terrestre desde siempre limitado y tradicionalista,³ debía su extraordinario poder imperial al control de los puntos clave (estaciones y bases sobre istmos, islas, puertos, etcétera) que su política marítima diseminó en todo el mundo en el curso de un par de siglos (Mahan, 1963 y Kennedy, 1983). Ciertamente, el imperio británico, en el momento de su máximo desarrollo, controlaba directamente territorios ilimitados y ricos. Pero si había logrado golpear a Napoleón, así como lograría derrotar a Alemania en 1918 y sobrevivir a Hitler, es por el control de los mares y no por *aquel* directo de las tierras. Su flota bloqueaba las potencias marítimas del este y del sur del Mediterráneo, así como Alemania en el Báltico. Dominaba las rutas del Atlántico del sur desde las Falkland (Malvinas) y aquellas septentrionales desde Canadá. La red de bases que se extendieron desde Aden a Ceilán y de Singapur a Australia permitirían a Inglaterra no tener rival en los océanos y controlar en dos conflictos totales, no obstante las guerras submarinas, el tráfico marítimo mundial y, por consiguiente, el abastecimiento de la madre patria y de sus ejércitos.

Es interesante ver cómo la geopolítica (pensemos en Ratzel, McKinder, Mahan, etcétera) florece a partir del ocaso del factor estrictamente terrestre en la política mundial. En cierto sentido, esta última decreta el fin o la decadencia de los poderes continentales en cuanto que dichos poderes no tienen un verdadero acceso al mar abierto (Austria, Alemania, la misma Rusia, para no hablar de los menores como Italia) o aun teniendo acceso al mar, como Francia, estaban limitados por la potencia inglesa (Corbett, 1988 [1911]). Fue al final del siglo XIX cuando el mar apareció como el elemento decisivo en el control del mundo. Una obra como *Tierra y mar*, del jurista y politólogo alemán Carl Schmitt, con su invectiva contra una política internacional que ya no es un juego territorial interestatal,

sino que se despliega en la infinitud global de los océanos (a los cuales Alemania tiene sólo un acceso limitado), es en el fondo una mirada retrospectiva a la nostalgia de la Europa de antaño, cuando en un juego común a todos los estados europeos la guerra era el continuo intento de fijar fronteras terrestres favorables desde el punto de vista estratégico, económico y comercial (Schmitt, 1981 [1942]). *Tierra y mar* como el sucesivo *El nomos de la tierra* (Schmitt, 2003), igual que las obras de los maestros de la geopolítica, celebran el factor terrestre en la fase en la cual el control estratégico del mundo se extiende al agua y después al aire (las primeras teorizaciones de la aviación estratégica son inmediatamente sucesivas a la Primera Guerra Mundial). Detrás de Inglaterra, que entre las dos guerras comienza a conocer su decadencia, aparece la sombra del gran primo de allende el Atlántico, el poder global de Estados Unidos.

Estados Unidos constituye, hasta hoy, el más significativo ejemplo de Estado-continente aislado por dos océanos y circundado por vecinos débiles (México) o tradicionalmente aliados (Canadá) o –de cualquier modo– poco relevantes en el plano militar. Dos guerras limitadas, contra Inglaterra en 1812 y contra México en 1846-1848, así como el control de Panamá, permiten a Estados Unidos controlar todo el continente norteamericano, además de América Central y Meridional, y de una cuota relevante del tráfico marítimo mundial. Las verdaderas fronteras de Estados Unidos nunca han sido las septentrionales y meridionales, sino la occidental y sobre todo la interna (Jones, 1995). Por más de un siglo, desde la guerra de independencia hasta el fin de los conflictos hindúes, los límites occidentales estaban indeterminados y la frontera del oeste, el más grande mito de la historia estadounidense, representó un extraordinario laboratorio de conquista y de desarrollo económico, el frente móvil de una nación que aprendía a dominar al mundo conocido. También la guerra civil, combatida a mitad del continente, al este del Mississippi, movilizó numerosos frentes terrestres y marítimos, pero se desarrolló en un espacio en el cual no existían límites precisos. La política externa estadounidense, con su escala intercontinental, su indiferencia hacia fronteras y límites, el despiadado pragmatismo, la preeminencia de las razones económicas y comerciales sobre cualesquiera otras, la capacidad de proyectarse

³ El ejército inglés de tierra en el siglo XIX era poco más que una policía destinada a controlar territorios turbulentos como el noroeste de la India o a reprimir insurrecciones locales, por ejemplo, los boeri en Sudáfrica. Fue sólo después de la fallida guerra de Crimea que el ejército inglés abolió la anacrónica tradición según la cual los grados elevados eran comprados por los nobles. *Good bye to all that* de Robert Graves (1926) muestra un impresionante testimonio del conservadurismo y del esnobismo de los grados ingleses en la Primera Guerra Mundial.



al exterior sin los obstáculos del colonialismo tradicional y la mitología del “fardo del hombre blanco”, anticipan por entero el proceso de globalización.

A la emergencia de un poder global corresponde aquella ausencia de límites propia del conflicto del siglo xx que perturbaba y en el fondo escandalizaba a Schmitt. Y en un mundo en el cual el conflicto es potencialmente sin límites, la relación tradicional entre confines, fronteras y frentes se vuelve cada vez más compleja e inasible. Es verdad que los límites políticos existen como antes y son objeto de innumerables contiendas, pero en general el espacio de las fronteras y de los frentes ya no coincide con aquello de los límites, salvo en las cansadas convenciones de la diplomacia internacional.

Los límites representan sólo la apariencia, y ni siquiera la más importante, de las relaciones entre los estados en la escena global, mientras que fronteras y frentes constituyen la realidad actual y virtual de un movimiento total de fuerzas mucho más estratégicas. Las fronteras económicas, sociales y mediáticas tienen un mayor peso que las líneas trazadas, a menudo ar-

bitrariamente, sobre los mapas geográficos, como resultado de conflictos del pasado y de acuerdos desde siempre precursores de nuevos conflictos. Y los frentes, ya sea en el caso de conflictos abiertos o –sobre todo– en el de aquellos escondidos y secretos, no conocen fronteras ni límites.

Más allá de los límites convencionales, los espacios políticos se redefinen como ámbitos que trascienden la contingencia geopolítica (Galli, 2001). Gran parte de los procesos que hoy movilizan el mundo son globales en el sentido de que asumen al mundo como único límite. El espacio de la economía y de la información, de la moda y de la publicidad involucra *potencialmente* a cada habitante del mundo en cuanto tal, y no como ciudadano de aquel país o de otro, y mucho menos como un ser definido por una pertenencia territorial. Ciertamente es que se trata de una homogeneización material y simbólica sólo en los inicios, y sin duda problemática. Cualquiera que se haya quedado atrás en esta carrera por compartir los mismos consumos y los mismos símbolos, advierte la extraordinaria amenaza que este rezago significa para su existencia particular. El campesino del sur de México, el cultivador o el pastor de los altiplanos del Asia central, los habitantes de los *barrios bajos* de medio mundo no pueden más que responder con sus instrumentos locales, y con las justificaciones de sus tradiciones, reales o imaginarias, a la moledora global que tiene a sus propios propulsores en el mundo rico y, hasta hoy, en su vanguardia estadounidense. En el fondo, el objetivo del execrable libro de Huntington sobre el choque de civilizaciones era propiamente éste: identificar las posibles formas locales y colectivas de resistencia al universalismo global del capitalismo americano-occidental (Huntington, 1996).⁴ Pero esta perspectiva ha sido superada con rapidez por los eventos. Al comienzo de la década de 1990, Huntington pensaba en una contraposición entre el mundo rico y blanco, por una parte, y los nacionalismos pujantes (balcánico, islámico, ruso, chino, japonés, etcétera) por la otra. Pero lo que no podía prever era que el *heartland* del capitalismo global se estuviera moviendo desde Estados Unidos y América hacia Asia. La globalización parece hoy haberse desplazado de Estados Unidos hacia estados-continentes igualmente fármacos, pero provistos de muchos más recursos demográficos, como China o la India. Las guerras abiertas o encubiertas que los estadounidenses y sus aliados llevan a cabo por el control del petróleo y por la hegemonía geopolítica en América Latina, Asia Menor y

⁴ Para una crítica del disfrazamiento culturalista de una doctrina hegemónica en Huntington, cf. A. Dal Lago, en prensa.

África, parecen batallas de retaguardia con respecto al *surgimiento* del capitalismo chino, que se encamina a convertirse en el más grande productor de bienes, así como en el mayor consumidor de recursos energéticos y el mercado interno más dinámico del mundo.

En este cuadro, capaz de modificarse a un ritmo que ninguna época histórica había conocido antes, las fronteras y los límites políticos cuentan siempre menos o, mejor dicho, quedan subordinados a las exigencias hegemónicas-militares que diseminan frentes en todo el mundo. Desde el punto de vista *militar*, hoy abiertamente relacionado con la realidad económica global, los frentes atraviesan las fronteras y los límites políticos (Dal Lago, 2003 y 2005). Después del 11 de septiembre del 2001 y el 11 de marzo del 2004, el interior de las sociedades ricas y occidentales se encuentra en una situación de guerra virtual, así como el resto del mundo se halla en un estado de guerra intermitente. El cuadro estratégico ya no se define por la tierra o por el mar, y a lo mejor tampoco por el cielo (cuyo control, por el momento, es la condición de la hegemonía militar estadounidense), sino más bien por la *infoesfera*, es decir, el dominio de las comunicaciones. El concepto de *infowar* no implica tanto (o no solamente) el control de la información, sino el hecho de que la totalidad de la esfera de la información (económica, mediática, militar, etcétera) puede ser intervenida militarmente en nombre de la protección de los intereses estadounidenses. La idea de *netwar* da a entender no tanto (o no solamente) la subordinación de la presunta libertad de información a los intereses estadounidenses o de otros países occidentales, sino el hecho de que cada red (social, informática e informativa), *sólo por el hecho de ser tal*, constituye una posible amenaza a la “seguridad internacional” (Arquilla y Ronfeldt, 2001). Cada red es potencialmente global y por consiguiente se convierte en un campo virtual de intervención o contraintervención armada. Es por este motivo que, junto a los frentes militares tradicionales (que de todos modos continúan proliferando allá donde existen objetivos del conflicto definidos por las condiciones geográficas o de cualquier manera territoriales, como la existencia de “estados-canalla”, bases terroristas o simplemente recursos naturales) se desarrollan frentes desvinculados con respecto a fronteras y límites. Cuando los servicios secretos de Estados Unidos, en colaboración con los de países europeos, capturan a presuntos terroristas islámicos en Suecia, Paquistán o Italia, y los llevan a Egipto para ser “interrogados” o a Guantánamo para ser “detenidos”, la guerra contra el terrorismo se ha convertido en algo global, porque interesa a todo el globo, esto es, ya está entre nosotros.

Si la guerra contemporánea no conoce más límites, el concepto de frontera también se desvincula de su tradicional significado de límite político interestatal (Cohen y Kennedy, 2000). No obstante el patético retorno de los nacionalismos infraeuropeos, expresado tradicionalmente por países como Francia y en el resultado de los referéndum sobre la Constitución europea, es del todo evidente que los límites políticos en el interior de Europa son sólo una ficción o, en cualquier caso, un factor identitario o cuando mucho idiosincrásico. Más bien, son las fronteras meridionales y orientales (África y el espacio político orbitante en torno a Rusia) las que delimitan el espacio europeo. Pero se trata de frentes móviles hoy aparentemente cerrados en nombre de una imposible protección del mercado de trabajo o de la risible defensa de la identidad cultural, que mañana podrían abrirse –como está sucediendo de hecho– en aras de la expansión económica, de las deslocalizaciones industriales o del realismo político. En realidad las fronteras meridionales y orientales son móviles en doble sentido. Tienden a desplazarse hacia el sur y hacia el este en cuanto que en la esfera económica europea engloban gran parte de Europa del Este y de Asia Menor (Turquía e Israel), así como del Magreb, aunque no están exentos de conflicto y enfrentan inevitables resistencias. Pero sobre todo son selectivas. Abiertas al flujo de mercancías y servicios, parecen cerradas a la demanda de trabajo procedente de los mundos pobres externos. Pero también aquí se trata más de una apariencia que de una realidad. La militarización de la ribera sur y este del Mediterráneo, con el fin de controlar a los migrantes, parece destinada más a la subordinación de los extranjeros –a su ingreso y permanencia como excluidos o huéspedes invisibles, mal pagados y desprovistos de derechos– que a su exclusión preventiva. La militarización de las fronteras meridionales del mundo rico parece orientarse más hacia la marginalización interna que hacia el rechazo de los inmigrantes (Papastergiadis, 2000; Palidda, 2001 y Dal Lago, 2004).

Las fronteras no coinciden más con las viejas representaciones de los límites políticos. Si hoy quisiéramos representar sobre un mapa social global la frontera por excelencia, deberíamos trazar una línea entre los países ricos, enrocados en la defensa de la propia supremacía, y el mundo que el Occidente considera externo, ya sea como yacimiento de recursos por saquear, de humanidad utilizable para el trabajo, o de peligros reales e imaginarios. Si, partiendo de Tijuana, la recorriéramos hacia el este, la línea dividiría el continente norteamericano; una vez atravesado el Atlántico, coincidiría con la ribera sur del Mediterráneo, se impulsaría en el corazón de la franja del petróleo y de Asia central,

y al final llegaría al continente-isla australiano. En el fondo, la gran cuestión estratégica contemporánea es saber si Occidente será capaz de incluir a China e India, Irán e Indonesia (en forma subordinada) en esta gran división del mundo, o si estos nuevos países emergentes descompaginarán la continuidad de la gran frontera. Mientras tanto, ésta es la línea que atrae los conflictos más feroces y, al mismo tiempo, la zona hacia la cual la humanidad más pobre y activa es atraída: los migrantes en marcha hacia el límite de México-Estados Unidos, en navegación hacia las costas italianas o españolas, los filipinos que se desplazan hacia los países productores de petróleo o a Japón, o bien las naves fantasmas de desamparados que aterrorizan a la guardia costera australiana. La frontera representa así, al mismo tiempo, la gran hendidura de la humanidad y la línea en la cual acontecen los cambios más densos y desiguales.

Paradójicamente, en el mundo globalizado la distancia abismal entre ricos y pobres no conlleva su separación, como en la época del colonialismo y del imperalismo, sino su contigüidad. Por más que los ciudadanos del oeste de Estados Unidos constituyan bandas de vigilantes para cazar a los migrantes (una labor que en el resto del mundo es llevada a cabo por las guardias costeras y las marinas), ninguna movilización será capaz de cuidar de verdad la frontera, como ya lo muestra la espectacular transformación demográfica del sur de California. Por otra parte, sería impensable que la humanidad utilizada como carne de trabajo en las *maquiladoras* o en los *sweatshop* de medio mundo pueda ser mantenida lejos de los templos del desarrollo. Es la misma naturaleza del capitalismo global contemporáneo –un monstruo que consume a un ritmo cada vez más sostenido los recursos naturales y humanos del planeta– la que hace imposible que se detenga a la humanidad externa. Las movilizaciones xenófobas que hoy tienen lugar en Estados Unidos y en Europa –así como el creciente sentimiento antichino– pueden hacer muy poco contra el proceso de mezcolanza de los mercados e inevitablemente de los seres humanos, que involucra al mundo rico y a gran parte del pobre. Mientras los activistas de la Lega* o de los partidos xenófobos del resto de Europa protestan en contra del multiculturalismo, el multicapitalismo se encarga de cambiar el aspecto de nuestras ciudades. Éste ha hecho de las megalópolis hindúes o chinas entidades urbanas im-

pensables pocos años atrás, frente a las cuales se desvanece la memoria de las ciudades industriales inglesas del siglo xix o de Chicago de los años treinta del siglo xx.

Estos desarrollos no son nada pacíficos ni tranquilizadores. Si el industrialismo moderno había diseminado de prisiones, cuarteles y *workhouses* las ciudades europeas, el actual desarrollo global llena los nuevos espacios urbanos, así como la franja de la gran frontera, de nuevos tipos de prisiones, centros de detención para inmigrantes que Europa adjudica a los países externos o próximos, como Ucrania o Libia, pero también los implantados en el interior de la Europa de Schengen,** nuevos campos de concentración preparados por Australia en Nueva Guinea o financiados por Estados Unidos en América Central. Si colocamos estas emergentes formas de control social sobre el trasfondo de los conflictos secretos y evidentes que hoy se combaten en el mundo no descubrimos ciertamente un nuevo panóptico, sino más bien una fusión de control social interno y externo.⁵ Puesto que no hay solución de continuidad entre política interna y externa, la red de los internamientos y de las detenciones, de los lugares en los cuales se practica la violación de los derechos humanos, se tortura a los “enemigos combatientes” o se interroga a los sospechosos, envuelve virtualmente toda la Tierra –tal y como ninguno de nosotros, en la época de la Web, es inmune al control de cualquier policía, agencia secreta o sistema de seguridad, tradicional o virtual.

Por lo tanto, la desaparición de las fronteras tradicionales, la obsolescencia de los límites y la diseminación de los frentes no conllevan victoria alguna de los derechos humanos, ni democratización de la sociedad global. Más bien, ésta es la época en la cual, en el nombre de la seguridad (militar, social, cultural) y de la legalidad, los estados violan de manera abierta los derechos de las personas. La libertad de la que parecemos gozar en Occidente es ilusoria, o al menos coincidente en todo y por todo con nuestra libertad de consumidores. Cuando –como sucedió en Seattle o en Génova– desde el interior de las sociedades ricas parece provenir la protesta contra la militarización del mundo, los estados occidentales no tienen problema en hacer probar a sus propios ciudadanos el torniquete que empuñan contra los pobres, los migrantes y los trabajadores mal pagados en el resto del mundo. No es

* Se refiere al partido que predica la separación del norte de Italia del resto del país (N. del T.).

** El tratado de Schengen define el área de libre circulación de mercancías y personas en el viejo continente (N. del T.).

⁵ Fue el propio Michel Foucault, en una época en la que no se hablaba todavía con claridad de globalización, quien intuyó estos desarrollos, gracias a su concepto de *gubernamentalidad* (cf. Foucault, 2004).

un secreto para nadie que China puede espantar a nuestros proteccionistas europeos, pero atrae irresistiblemente a los capitalistas y fascina a los dirigentes de nuestras policías. Se trata ahora de establecer si el desarrollo que tenemos frente a nuestros ojos –con la disolución de sus barreras tradicionales y la creación de otras que eran impensables– no llegará a corroer la fe occidental en la economía de mercado como condición para la extensión de los derechos civiles. Quizá sea justamente ahora cuando la crítica de la injusticia empiece a hablar el mismo lenguaje de la crítica de la violencia.

Bibliografía

- ARQUILA, J. Y D. RONFELDT
2001 *Networks and Netwars. The Future of Terror, Crime and Militancy*, Rand, Santa Mónica (California).
- COHEN, R. Y P. KENNEDY
2000 *Global Sociology*, McMillan, Londres.
- CORBETT, J. S.
1988 *Some Principles of Maritime Strategy*, E. J. Groove (ed.), Naval Institute Press, Annapolis [1911], [trad. al italiano *Alcuni principi di strategia marittima*, Ufficio storico de la Marina militare, Roma, 1995].
- DAL LAGO, A.
2003 *Polizia globale. Guerra e conflitti dopo l'11 settembre*, Ombre Corte, Verona.
2004 *Non-persone. L'esclusione dei migranti in una società globale*, Feltrinelli, Milán, 4ª edición.
2005 "La guerra-mundo", en *Conflitti globali*, núm. 1.
s/f *Esistono davvero i confini tra culture? Una riflessione storico-metodologica*, en C. Galli, *Multiculturalismo in questione*, Il Mulino, Bolonia, en prensa.
- FOUCAULT, M.
2004 *Sécurité, territoire, population. Tours au Collage de France 1977-1978*. Gallimard/Seuil, París.
- GALLI, C.
2001 *Suazi politici. L'età moderna e l'età globale*, Il Mulino, Bolonia.
- GRAVES, ROBERT
1926 *Good bye to all that* [trad. al italiano *Addio a tutto questo*, Piemme, Casale Monferrato, 2005].
- HUNTINGTON, S. P.
1996 *The Clash of Civilizations and the Remaking of World Order*, Simon & Schuster, Nueva York [trad. al italiano *Lo scontro delle civiltà e il nuovo ordine mondiale*, Garzanti, Milán, 2000].
- JONES, M. A.
1995 *The Limits of Liberty. American History 1607-1992*, Oxford University Press [trad. al italiano *Storia degli Stati Uniti d'America. Dalle prime colonie inglesi ai giorni nostri*, Rizzoli, Milán, 2005].
- KEEGAN, J.
1989 *The Second World War*, Hutchinson, Londres [trad. al italiano *La seconda guerra mondiale*, Rizzoli, Milán, 2000, 2ª edición].
1998 *The First World War*, Hutchinson, Londres [trad. al italiano *La prima guerra mondiale. Una storia politico-militare*, Carocci, Roma, 2ª edición].
- KENNEDY, P.
1983 *The Rise and Fall of British Naval Mastery*, Basingstoke, Londres.
- MAHAN, A. T.
1963 *The Influence of Sea Power upon History, 1660-1783*, Hill and Wang, Nueva York.
- McKINDER, H. J.
1962 "The Round World and the Winning of the Peace", en A. J. Pearce, *Democratic Ideals and Reality*, W. W. Norton, Nueva York [1943].
- PALIDDA, S.
2001 *Devianza e vittimizzazione tra i migranti*, Ismu/Angeli, Milán.
- PAPASTERGIADIS, N.
2000 *The Turbulence of Migrations*, Polity Press, Londres.
- SCHMITT, C.
1981 *Land und Meer. Eine Weltgeschichtliche Betrachtung*, Hohenheim Verlag, Köln-Lövenich [1942], [trad. al italiano *Terra e mare*, Giuffrè, Milán, 1986].
2003 *Der nomos der Erde im Völkerrecht des jus Publicum Europaeum*, Aldephi, Milán, 3ª edición.